

“UNA VERGÜENZA MENOS, UNA LIBERTAD MÁS”

LA REFORMA UNIVERSITARIA EN CLAVE DE FUTURO

PABLO GENTILI*

I

Aquella tarde los astros parecían haberme dado una tregua. El clima de Río de Janeiro estaba inusualmente agradable: ni mucho frío ni mucho calor. Mateo, mi dulce niño, por aquel entonces con siete años, jugaba en su cuarto con un amigo y, por alguna misteriosa razón, los gritos de gol no inundaban la casa. Ninguna actividad me impedía iniciar la lectura de un libro que, hacía vaya a saber cuánto tiempo, consideraba indispensable para seguir pensando. Hoy es mi día, imaginé. Tendré derecho a la felicidad, al ocio intelectual que el agobio cotidiano me niega con su persistente y casi siempre esquizofrénica rutina. Hoy es mi día, sospeché. Y sonó inesperadamente el teléfono.

Era Emir. Por la forma en que acentuaba las últimas sílabas de cada palabra intuí que algo estaba equivocado.

* Doctor en Educación por la UBA. Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO.

—Hace media hora que te estamos esperando para iniciar la reunión; ¿vas a venir? —preguntó.

El encanto de mi bucólica tarde carioca repleta de paz y aventura intelectual se desvaneció repentinamente. Todo no pasaba de una mera ilusión. Mi maldita agenda me había jugado una mala pasada. Cambié rápidamente de ropa y me dispuse a salir cuando recordé que Mateo y su amigo estaban jugando solos en el cuarto. Puse cara de día festivo y emulando el patetismo del payaso de McDonald’s, me animé a sugerir¹:

—Teo, ¿no querés acompañarme a la UERJ?

—Pa, otra vez no, por favor, estoy jugando con Luiz Carlos —respondió Mateo, mostrando las marcas de un prematuro y quizás justificado resentimiento hacia las instituciones universitarias.

Luiz Carlos, su amigo, es hijo del portero de un edificio de la cuadra y de una empleada doméstica que trabaja tres pisos más arriba. Vive

1 Universidade do Estado do Rio de Janeiro.

en el cuarto de servicio del departamento donde su mamá trabaja y que, en una extensión de seis metros cuadrados, comparte toda la familia. Luiz Carlos es carioca. Su papá y su mamá paraibanos. Paraíba es uno de los estados más pobres y más injustos del Brasil.

—Que venga Luiz Carlos también —propuse.

Los dos se miraron sorprendidos. Luiz Carlos ni siquiera esperó a que Mateo reaccionara.

—Vamos —dijo, mientras pegaba un salto y, corriendo, gritaba—: Voy a preguntarle a mi mamá.

Esperamos varios minutos y Luiz Carlos no aparecía. La impaciencia me invadía, no tanto por la ansiedad de participar de la inoportuna reunión en el LPP, sino porque temía llegar a la universidad y que la reunión estuviera terminando, debiendo soportar las justificadas miradas de condena moral que iban a propinarme mis colegas. El timbre del departamento sonó y, saliendo de mi ensimismado estado de culpa, abrí la puerta apresurado. Para mi sorpresa, allí estaban Luiz Carlos y su madre. Él, vestido

como para un bautismo: camisa blanca, pantalón largo azul marino, peinado fundido al cráneo y una sonrisa nerviosa que le iluminaba el rostro. La madre, con sus manos apoyadas en los hombros del niño, preguntó:

—¿Es verdad que van a ir a la universidad?

Quedé perplejo y desconcertado. La pregunta era mucho más difícil de lo que jamás hubiera imaginado. Mientras trataba de comenzar una respuesta que diera cuenta de mi perspicacia sociológica, Mateo irrumpió, diciendo:

—Sí, vamos rápido, así volvemos pronto.

Y salimos, Luiz Carlos vestido de día de fiesta, Mateo en bermudas, zapatillas y una camiseta sin mangas.

Cuando llegamos a la UERJ les pedí a los niños que salieran del coche para poder estacionarlo en un lugar minúsculo que les impediría luego bajar. Estacioné, hice las contorsiones de rigor y salí apresurado en dirección a la puerta principal. La Universidad del Estado de Río de Janeiro está al lado del Estadio de Maracanã, frente a

la Favela de Mangueira y emplazada en un conjunto de espantosos edificios de concreto gris con más de veinte pisos de altura cada uno. Un entorno, digamos, imponente y, al menos para mí, bastante poco acogedor. Para mí, porque a juzgar por la mirada de Luiz Carlos, nuestra percepción acerca de la arquitectura lugareña era, sin lugar a dudas, diametralmente opuesta.

—Qué lindo —dijo, sin que Mateo ni yo pudiéramos agregar ningún comentario contemporizador—. Qué lindo —repetió.

—Bueno —traté de complementar en tono estúpidamente pedagógico—; es grande, sí, porque aquí trabaja mucha gente, se dan muchas clases y hay bastantes bibliotecas. Vos, cuando seas más grande, vas a venir a estudiar acá. Ojalá seas compañero de Mateo.

Luiz Carlos me miró y discretamente sonrió.

—No, yo acá no creo que venga —dijo casi en susurro—. Mi papá ya me avisó que la universidad no es para los pobres.

Es difícil comprender los momentos en que se combinan las rupturas epistemológicas y epistemofílicas en un ser humano. Cuando esto ocurre, se produce la oportunidad de un aprendizaje extraordinario. Un aprendizaje que cala, hiere, penetra la piel. Invade y coloniza el cuerpo. Se vuelve inolvidable. La frase de Luiz Carlos me petrificó. O sería su risa triste, no lo sé. Nada, absolutamen-

te nada de lo que había estudiado hasta allí acerca de las universidades y sus políticas servía para ofrecerle una explicación convincente sobre la generosidad de nuestra institución y las virtudes supuestamente redentoras del esfuerzo y la perseverancia para llegar a ocupar un pupitre en alguna de sus salas de clase. Ya ni recuerdo qué le respondí. Creo que Mateo me salvó del precipicio en que había caído. Fue él quien dijo, si la memoria no me falla, algo inteligente al respecto.

A partir de ese momento, cada vez que llego a la UERJ, no puedo dejar de mirar hacia arriba, contemplar sus más de veinte pisos de concreto gris, y de sentir una responsabilidad enorme, mientras circulo por los corredores con la mirada triste de Luiz Carlos clavada en mi espalda.

II

La historia de Luiz Carlos actualiza, noventa años después, el legado que heredamos de aquella heroica gesta de la Reforma Universitaria, cuya explosión detonó en Córdoba y fue recorriendo las Américas como un torbellino de libertad, justicia y compromiso con la igualdad. Su *Manifiesto Liminar*, datado el 21 de junio de 1918, constituye, sin lugar a dudas, uno de los más bellos y poderosos documentos políti-

cos del siglo XX. Una fuente de inspiración intelectual y de energía militante que acompañó a cada una de las generaciones que, desde entonces, asumieron que la lucha por la universidad pública y la lucha por la justicia social son indivisibles, inevitables e impostergables.

Cristalizar la Reforma de 1918 como un hecho del pasado nos lleva a descartarla o a glorificarla, a ignorarla o a momificarla, reduciendo su sentido y alcance, abandonándola en un cementerio de efemérides donde la consagración del olvido parece ser su destino más noble.

Pensar la Reforma en clave de futuro significa poner en evidencia la plena actualidad de algunos de sus postulados y principios inspiradores, así como las barreras que el proceso reformista enfrentó, en virtud de su coyuntura histórica y de las limitaciones estratégicas de sus protagonistas. Actualizar el legado de la Reforma supone reconocerla y comprenderla en su dialéctica histórica, recuperando la extraordinaria vitalidad del legado político y ético que nos ha dejado aquella “nueva generación latinoamericana”, según la expresión de José Carlos Mariátegui.

Noventa años después del estallido reformista, América Latina vive una coyuntura de extraordinaria riqueza política. Procesos de movilización y luchas populares han permitido

consolidar alternativas posneoliberales que reaniman esperanzas de cambio y transformación en nuestro continente. Sin lugar a dudas, aun con sus resultados no siempre contundentes, algunos de los nuevos gobiernos democráticos de la región han puesto en marcha transformaciones que ponen en evidencia la crisis de legitimidad del neoliberalismo y la emergencia de una agenda de reformas que algunos años atrás parecía inimaginable.

Entre tanto, hay un campo en que los gobiernos posneoliberales de América Latina parecen enfrentar enormes dificultades, mostrando no pocas limitaciones para implementar políticas democráticas que consoliden su carácter público: las universidades. Por diversos motivos, y a noventa años de la Reforma Universitaria de Córdoba, la delantera en la formulación de propuestas de cambio para las universidades latinoamericanas la siguen detentando los sectores más conservadores y tecnocráticos de nuestras sociedades. En rigor, hoy la propia enunciación de la necesidad de una “reforma universitaria” parece patrimonio de quienes defienden la implementación de políticas de privatización y mercantilización de la enseñanza superior y no de aquellos que defienden una perspectiva transformadora y emancipadora para nuestras sociedades y sus universidades.

Existe hoy, en América Latina, una evidente limitación de la izquierda para poder pensar de forma creativa y transformadora nuestras universidades públicas. Curiosa o no tan curiosamente, la izquierda, que en algunos de nuestros países ha tenido mucho más densidad universitaria que “social”, ha carecido de condiciones efectivas para pensar un proyecto emancipador y libertario, cediendo, muchas veces, las banderas y el poder de enunciación acerca del contenido de las reformas en la enseñanza superior a las derechas y sus portavoces.

La combinación de una coyuntura de oportunidades políticas inéditas en la región, sumada, por un lado, a las limitaciones que enfrentan los nuevos gobiernos progresistas para intervenir y revertir los efectos de las políticas neoliberales en el campo de la educación superior y, por otro, a la pobre imaginación estratégica de los intelectuales que, desde el campo de la izquierda, actuamos en los ámbitos universitarios, nos imponen la necesidad de recuperar y actualizar el legado reformista. En efecto, la necesidad de profundizar los procesos de transformación democrática que viven muchos de los países latinoamericanos en el presente momento, coloca en la agenda política el debate público acerca de la función social de nuestras universidades, contraponiendo modelos educativos de sentido

radicalmente opuestos y donde la disputa acerca de la naturaleza del derecho a la educación se vuelve más compleja y, por momentos, difusa. En el campo universitario, revertir la enorme capacidad de enunciación y de acción que poseen los sectores conservadores y neoliberales, con sus políticas siempre sinuosas de privatización y exclusión, supone, entre otras cosas, recuperar y actualizar los desafíos reformistas que, noventa años atrás, marcaban, con todas sus virtudes y con todos sus límites, los horizontes de una universidad emancipadora y libertaria.

Sin pretender realizar un análisis exhaustivo del conjunto de cuestiones que están involucradas en la necesidad de pensar la Reforma en clave de futuro, realizaré aquí una rápida revisión de algunos de los temas que, desde mi punto de vista, coloca en la agenda política y educativa este nuevo aniversario de la gesta reformista de 1918.

III

Reforma. Las administraciones neoliberales que gobernaron o aún gobiernan algunos países de América Latina y el Caribe han desarrollado una muy diversa y prolífera batería de programas destinados, entre otras acciones, a rees-

estructurar las universidades públicas, modificar de forma autoritaria su marco normativo, desarrollar sistemas de evaluación y gestión basados en un cuestionable productivismo académico, privatizar sus beneficios, transferir el costo del sistema a las familias, discriminar o entorpecer el acceso de los más pobres a las instituciones públicas de calidad y promover sistemas de gestión y control calcados del mundo empresarial. Todas estas acciones y propuestas fueron rápidamente ganando el mote de “reformas estructurales” que, más allá de su dudosa eficacia, condujeron a los movimientos de resistencia a una estrategia y a un discurso muchas veces defensivo o, incluso, conservador.

Así las cosas, la bandera de la “reforma” (en minúscula) fue asumida rápidamente por los sectores más reaccionarios de la sociedad, por las organizaciones políticas de derecha y por los organismos multilaterales de crédito, dejando a los movimientos progresistas confinados y estancados en el siempre riesgoso espacio de la protección o el resguardo de la memoria de un pasado glorioso. La izquierda, de tal forma, no sólo fue perdiendo la batalla de las transformaciones institucionales, sino también, en el camino y casi sin darse cuenta, acabó siendo expropiada de una referencia que, durante buena parte del siglo XX, había inspirado los movi-

mientos de defensa de la educación pública: la reforma universitaria.

No debe pues parecer curioso que el movimiento del 18 entendiera la Reforma como un proceso de reflexión acerca de la universidad y, al mismo tiempo, de cambio estructural en las modalidades de gestión y administración académica de las instituciones de educación superior. Se trataba de ser capaces de pensar políticamente en las instituciones universitarias para dotarlas de nuevos sentidos y transformarlas mediante la acción colectiva. “Llamar a las cosas por su nombre”, “arrancar el problema de raíz”²: cambiar a las universidades para cambiar a la sociedad. Un objetivo discutible y, de cierta forma, prometeico, pero desbordante de un espíritu de época basado en una noción noble y épica de la juventud y la acción revolucionaria. “Cansada de soportar a los tiranos”, la “juventud” reclamaba su lugar en la historia, asumiendo su responsabilidad en la transformación de las instituciones universitarias:

Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y

2 Las citas corresponden al *Manifiesto liminar de la Reforma Universitaria* (21 de junio de 1918).

–lo que es peor aun– el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil.

Reformar las universidades suponía transformarlas radicalmente y, en un sentido democrático, abrir la *caja de Pandora* de una institución cuyos beneficios eran expropiados por los tiranos de cualquier especie, gracias al concurso siempre solidario de los mediocres. ¿Iluminista? Sí, pero enormemente disruptivo, transformador y desestabilizador de las verdades que sostenían un sistema de autoridad y poder que exponía los trazos autoritarios, antidemocráticos, patrimonialistas, clientelares y excluyentes de los procesos de modernización burguesa en América Latina y el Caribe. Por eso: revolucionario. Perdón: reformista.

Desde los años ochenta, la necesidad de defender las instituciones universitarias de la brutalidad autoritaria heredada de las dictaduras, por un lado, y de los regímenes neoliberales que se consolidaban y afianzaban en el poder con la prepotencia de sus gobiernos y con la legitimidad del voto popular, por otro, fue contaminando las expectativas y los discursos progresistas de una

deprimente melancolía. Amparados en la nostalgia de los espacios perdidos y en una indignación reactiva sobre los efectos antidemocráticos de la nueva ofensiva conservadora, buena parte de los sectores empeñados en la defensa de la educación pública fuimos asumiendo la protección y el resguardo de una institución que, en apariencia, pretendía ser reformada y transformada, perdiendo las conquistas obtenidas en un pasado de glorias cada vez más tenues y difusas. Resulta curioso que, en muchos de nuestros países, las universidades no eran (ni quizás sean hoy) muy diferentes de aquellas que tan vehementemente denunciaban los jóvenes reformistas sesenta años atrás. Al menos, claro, en los aspectos que hacen al sentido conservador de sus prácticas y a su contribución a un modelo de poder y autoridad profundamente discriminador y excluyente. Dimensiones que los gobiernos neoliberales no hicieron otra cosa que profundizar, bajo la curiosa retórica de estar reformando nuestras universidades, construyendo las “nuevas” bases de unas instituciones que, ahora sí, estaban llamadas a ser los pilares de un proceso de modernización basado en el progreso económico y la ampliación ilimitada de las relaciones de mercado a todas las esferas de la vida social.

La “contrarreforma” neoliberal secuestró así la potestad de la reforma universitaria, confi-

nando a la izquierda a un pantanoso universo discursivo donde se glorifica el pasado perdido y se observa el futuro en un trance de horrozada hipnosis. Las glorias del 18 se desvanecían así ante una apropiación ilegítima de la Reforma por parte de aquellos que estaban dispuestos a acabar, de una buena vez, con sus conquistas y desafíos.

Los dueños de un pasado de vergüenza y opresión se volvieron, gracias a una más que efectiva metamorfosis discursiva y estratégica, los portavoces del cambio y de la transformación, de la revolución productiva y de la modernización de unas universidades que ellos mismos habían transformado en la mueca de lo que los reformistas imaginaron cuando, más de medio siglo antes, su mensaje corría como un reguero de pólvora por todos los países de América. Prepotente metamorfosis que empujó a los herederos y herederas de las luchas por la Reforma Universitaria a apropiarse de un pasado que poco les correspondía y que, en rigor, nada merecían. Criticar la universidad pública pasó a ser visto como una forma de “hacerle el juego” a los dueños del poder. Reformar las universidades pasó a ser identificada como una práctica inherentemente destinada a privatizar nuestras instituciones y a imponer la ley del más fuerte, discriminando a los más débiles y a los desprotegidos.

El secuestro de la bandera de la reforma universitaria por parte de las fuerzas conservadoras (entiéndase bien: no de las banderas del Movimiento Reformista, sino de la pretensión misma de asumir la reforma de las universidades como un objetivo político impostergable) forma parte de la misma lucha que se trava en nuestro continente desde que los estudiantes de Córdoba detonaron la mecha de la libertad. No hay, pues, ruptura, sino continuidad de un conflicto que pone en evidencia que la disputa por los sentidos, por los significados que se logran imponer a los acontecimientos, posee una contundencia política extraordinaria. En los años veinte, quienes pretendían fundar un nuevo modelo universitario eran los jóvenes revolucionarios que aspiraban a edificar una nueva sociedad. Más de medio siglo más tarde, quienes recogían el guante, con objetivos y demandas diametralmente opuestas a las de aquellos, eran los conservadores de antaño, travestidos ahora en gurúes o portavoces de un mercado de fronteras aparentemente ilimitadas. La izquierda perdió así la batalla de las palabras. Y esto no es poca cosa en el campo de la política.

Recuperar y resignificar la Reforma del 18, supone, creo yo, reconstruir los sentidos de una universidad que se mira a sí misma como un espacio desde donde es posible contribuir a la

construcción de un futuro de justicia e igualdad; desde donde es necesario actualizar la herencia de las luchas heroicas por la libertad, pero, también, donde se trabaja cotidianamente para deconstruir una herencia colonial, repleta de brutales formas de discriminación, subalternización y explotación; desde donde se construye la utopía y se desestabiliza el desencanto; desde donde se llama a las cosas por su nombre para, así, darlas vuelta y capturarlas por la raíz. Actualizar el legado de la Reforma supone reconocer que es necesario revolucionar nuestras universidades para contribuir al proceso de revolucionar nuestras sociedades. Desestabilizar las bases jerárquicas, antidemocráticas y patrimonialistas de nuestras universidades se transforma así en una radical contribución a desestabilizar las bases jerárquicas, antidemocráticas y patrimonialistas de nuestras sociedades. Ésta quizás sea una de las más dignas herencias que recibimos de la Reforma Universitaria de 1918 y de los movimientos reformistas que la inspiraron.

IV

Sistema. Tampoco debe sorprender cómo, en los diversos documentos, textos y batallas libradas por el Movimiento Reformista, el reconocimien-

to y la necesidad de pensar en la universidad como un “sistema” estaba ya presente, a pesar del carácter embrionario que tenía la estructura institucional de la educación superior en cada uno de los países de la región y de las dificultades de comunicación y relación que las limitaciones tecnológicas de la época imponían.

De tal forma, podemos reconocer que la naturaleza sistémica del aparato universitario se reconocía en la estrecha asociación que existía entre el modelo de sociedad impuesto y el modelo de universidad disponible. Pero, también, entre el modelo pedagógico sobre el que sentaba la autoridad en las instituciones universitarias y el monopolio del poder ejercido por las oligarquías y las jerarquías clericales; entre los privilegios de un cuerpo docente corrompido por las prebendas y el clientelismo y la brutal negación del derecho de nuestras sociedades a vivir en un estado de libertad y felicidad plena.

Así mismo, la naturaleza sistémica del aparato universitario se hacía, por oposición, patente en las luchas y en las redes intelectuales que se multiplicaban en una América Latina donde ninguna de las ventajas tecnológicas de la actualidad siquiera eran imaginadas. Articulación sistémica de las luchas para la construcción de una nueva sociedad donde la universidad cumpliría la misión redentora y transforma-

dora que le ha dado origen: fundar un nuevo orden social, de la mano de una juventud para la cual el “sacrificio es su mayor estímulo”, una “juventud en trance de heroísmo”, para la cual “la esperanza es su destino heroico” y que está llamada a construir las bases de sistema de justicia, felicidad y libertad, cumpliendo con su revolucionaria misión de formar al soberano. Dirán ellos: “en adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien”.

La épica de un discurso quizás ya perimido, aunque de trazos que exhalan una mística libertaria vigorosa y valiente, no debe opacar la pertinencia de un desafío impostergable que hoy interpela a todo movimiento reformista: poner en evidencia la naturaleza sistémica de un modelo de universidad indisolublemente asociado a un modelo de sociedad autoritaria, jerarquizada y opresiva. Tampoco debe opacar el reconocimiento de que la eficacia de las luchas democráticas depende hoy, como en el pasado, de la articulación de los movimientos de resistencia, del intercambio y la cooperación nacional e internacional y de la difusión más amplia y generalizada de las nuevas ideas que subsidian los procesos de construcción de una nueva sociedad.

Nada mal, considerando que noventa años atrás era bastante más difícil que hoy reconocer la necesaria dimensión sistémica de toda lucha contra la opresión y el carácter articulado y funcional de las instituciones universitarias en el marco de un modelo de sociedad que les aporta sentido, al mismo tiempo en que es dotada de sentido por éstas.

Nada mal, considerando que el desarrollo de los sistemas educativos latinoamericanos y caribeños durante la segunda mitad del siglo XX siguió una dinámica de intensa segmentación y diferenciación, que impactó seriamente en el subsistema universitario, transformándolo en un archipiélago de instituciones con sentidos, estructuras y resultados extremadamente diversos.

Nada mal, considerando que los gobiernos neoliberales basaron buena parte de su eficacia privatizadora en la reestructuración de un sistema universitario cada vez más fragmentado y pulverizado y en una fragmentación y pulverización cada vez mayor de los movimientos de resistencia al interior de las propias universidades (atomización del movimiento estudiantil, alejamiento de las organizaciones docentes de otros movimientos sociales o de otras organizaciones sindicales, indiferencia de la sociedad acerca de las demandas universitarias y, también, no

pocas veces, indiferencia de las universidades acerca de las demandas de la sociedad).

La Reforma Universitaria de 1918 nos intima a unir aquello que, en algunos países casi sin solución de continuidad, durante los últimos noventa años las políticas conservadoras no hicieron más que fragmentar y segmentar, partir y polarizar. A pensar, a imaginar y a construir un modelo de universidad integrado y articulado (lo que no contradice el reconocimiento y el respeto a la diversidad y al dinamismo institucional que debe existir en todo sistema democrático) y a integrar las luchas y resistencias, potenciando sus resultados y ampliando sus conquistas emancipadoras.

V

Proyecto. Hay una potencial trivialización funcionalista en todo debate acerca del sentido y la función ejercida por cualquier institución en nuestras sociedades. La pregunta “¿para qué sirven nuestras universidades?” está, por lo tanto, condenada a una quizás inevitable simplificación que vuelve casi frívola toda respuesta unidireccional. Así, desde el campo de la izquierda democrática, solemos caer en una frecuente y bienintencionada tentación discursiva, tan sim-

plista como irrelevante en sus consecuencias prácticas. Con bastante espíritu de autoindulgencia, nos entusiasma afirmar que nuestras universidades públicas están o deberían estar al servicio del pueblo. Un objetivo loable que se desvanece al no ser incrustado, enraizado en la compleja trama de relaciones que esto supone, más allá de un complaciente bálsamo para toda conciencia pequeñoburguesa.

Nuevamente aquí, la Reforma Universitaria de 1918 nos ayuda a trazar algunos de los senderos por los cuales transitar, sorteando los obstáculos de las respuestas dogmáticas o simplistas al debate sobre la función social de las universidades. Pensar la Reforma en clave de futuro supone, como ya hemos afirmado, escapar a toda aspiración de repetir vis a vis las consignas, diagnósticos y propuestas reformistas con noventa años de atraso. Por el contrario, se trata de reconocer, en la radicalidad de ese movimiento, los aportes que el mismo nos ha legado y la necesidad de reformularlo en virtud de una especificidad histórica que actualiza esta herencia en el marco de una nueva coyuntura.

De tal forma, el debate sobre la función social de las universidades debe enmarcarse siempre en la disputa en torno al modelo de nación que pretendemos construir. Como hemos visto, la crítica al ejercicio oligárquico de

la docencia suponía una crítica implacable y contundente a un modelo de sociedad oligárquica sobre el que se instituía el régimen de dominación y segregación vigente. La colonialidad del saber y la colonialidad del poder se articulaban así de forma dialéctica. El movimiento reformista suponía que la destitución de las bases de sustentación de esa pedagogía oligárquica, expresada de manera emblemática en el “fariseísmo académico” de una casta docente que se pretendía incuestionable, era una condición impostergable para la derrota de toda forma de tiranía y opresión.

Más allá de la primacía que el movimiento reformista atribuía a la lucha universitaria como fundadora y rectora del conflicto social, aspecto que ya hemos mencionado, resulta innegable la actualidad y la radicalidad del legado recibido. Hoy, mientras nuestras universidades muchas veces oscilan entre un mandato que les impone como única meta someterse a las implacables demandas del mercado (formando y transmitiendo las competencias que exigen los puestos de trabajo en un sistema cada vez más competitivo) y cierto purismo académico que se pretende incontaminado por las demandas de la sociedad y regido por las aspiraciones preclaras del espíritu científico, el debate sobre la función social de las universidades, en

los términos en que lo ha puesto el movimiento reformista, posee un valor inestimable.

En efecto, toda pregunta acerca de “¿para qué sirve la universidad?” no puede estar desvinculada de la no menos compleja cuestión de saber “¿a quién le sirven nuestras universidades?”.

Noventa años después del *Manifiesto liminar*, América Latina y el Caribe constituye la región más injusta del planeta. La disminución de los índices de pobreza que, de forma tímida y aún modesta, ha despuntado en estadísticas recientes, no ha podido revertir niveles de injusticia social alarmantes y brutalmente persistentes en el continente. “¿Qué universidades necesitamos?” no deja de ser un interrogante que cobra sentido en el debate acerca de “¿qué proyecto de sociedad pretendemos construir?”, en un marco de reproducción sistemática de las condiciones de pobreza y exclusión en la que viven millones de latinoamericanos y latinoamericanas en todos nuestros países.

No creo que sea posible debatir, por ejemplo, los sentidos de toda aspiración a la “excelencia académica”, un tema tan presente en los círculos universitarios contemporáneos, sin focalizar nuestra mirada en la producción social de estas condiciones de exclusión y discriminación. Un proyecto de universidad que construye su modelo de “excelencia” sobre la base de la omisión

o la indiferencia a las condiciones de vida de millones de seres humanos y a la capacidad que esta institución posee para luchar contra esa persistente opresión, es una institución donde la “excelencia” acaba siendo la coartada, el pretexto quizás más efectivo para justificar su cinismo y su petulancia intelectual. La frase del *Manifiesto* es de una radicalidad extraordinaria y vale la pena repetirla: “[nuestras universidades se han transformado así en] el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara”.

La “excelencia académica”, entre tanto, tampoco puede fundarse en un proyecto de universidad que prescinde de la especificidad que poseen las instituciones de educación superior y del radical poder desestabilizador que se deriva, potencialmente, de dicha especificidad. Las universidades deben ser espacios de producción y difusión de los conocimientos socialmente necesarios para comprender y transformar el mundo en que vivimos, entenderlo de formas diversas y abiertas, siendo el campo donde el debate acerca de esta comprensión se torna inevitable y necesario. Las universidades nos ayudan a leer el mundo, a entenderlo y a imaginarlo. Para esto, la producción científica y tecnológica constituye un aporte fundamental, entendiendo que el monismo metodológico y el

sectarismo teórico no son otra cosa que obstáculos que impiden una comprensión crítica de nuestra realidad histórica. Descolonizar las universidades para contribuir a la lucha para la descolonización del poder, parece ser un lema de gran actualidad que resuena intenso en la memoria viva del movimiento reformista, aun cuando éste estaba inevitablemente contaminado de un prometeico iluminismo.

La “excelencia académica” tiene que ver, por lo tanto, con la democratización efectiva de las universidades, con la democratización de las formas de producción y difusión de saberes socialmente significativos y con la propia democratización de las posibilidades de acceso y permanencia de los más pobres en las instituciones de educación superior. Todo “proyecto académico” es inevitablemente un “proyecto de vida”, o, si se prefiere, “un proyecto de pensar y construir la vida con y entre nosotros y los otros”. Fuera de este marco, las universidades parecen condenadas a buscar su redención en la obsecuencia con los tiranos, sea cual fuere su origen, sean cuales fueren las razones que ellos buscan para justificar su propia existencia.

La “excelencia académica” se referencia así en las oportunidades que las universidades nos crean para “revolucionar las conciencias”, como dirán los reformistas; en las condiciones

efectivas que ellas ofrecen para desestabilizar los dogmas que imponen los poderosos; en la lucha contra el autismo intelectual que nos proponen los dueños del poder y replican sus mediocres acólitos, ocultos tras la toga de la prepotencia. Dirán los reformistas: “el chasquido del látigo sólo puede rubricar el silencio de los inconscientes o de los cobardes”. Hacer de esta expresión una guía de acción es, quizás, un indicador de excelencia más efectivo que el que cualquier prueba internacional de aprendizaje haya podido mostrar.

VI

Ética. Hemos señalado que América Latina, noventa años después del estallido de la Reforma, enfrenta una coyuntura política de enormes oportunidades democráticas, ante la regresión y la pérdida de legitimidad del proyecto neoliberal en buena parte del continente. El momento exige una gran dosis de creatividad y responsabilidad para poder, entre otros desafíos, avanzar en la construcción de una nueva reforma universitaria que, de una manera efectiva, amplíe y consolide instituciones académicas inclusivas y de calidad; “excelentes”, en el sentido que indicamos en el apartado anterior. Las nuevas ad-

ministraciones posneoliberales, aun con toda su complejidad, deben tratar de huir de las trampas que el neoliberalismo ha dejado, en un sendero repleto de señuelos y cantos de sirena, donde la tentación del discurso tecnocrático puede ser el primer paso en dirección al fracaso.

El proyecto de la Reforma es, por sobre todas las cosas, un contundente discurso ético, público, sobre nuestras universidades y sus prácticas cotidianas. Construir las universidades como un valor imprescindible en la lucha contra la opresión y la injusticia significa recuperar el valor que han perdido nuestras instituciones de educación superior en una era donde las desigualdades y la explotación se volvieron datos supuestamente irrelevantes. La universidad construye valores y, al hacerlo, se construye a sí misma como aparato de reproducción de la tiranía o como espacio público de producción e invención de utopías.

En 1918 se gestaban los trazos de una utopía de emancipación y revuelta, herencia que sería recuperada cincuenta años más tarde, cuando, en 1968, desde las barricadas de París, Praga, México, Estados Unidos, Alemania e Italia, los estudiantes volvieron a tomar las calles, clamando por justicia e igualdad.

Los tiempos, sin lugar a dudas, han cambiado y, aunque diversos gobiernos populares se

multiplican por todo el continente, las utopías libertarias y socialistas, humanistas y democráticas que inspiraron a los movimientos emancipatorios durante todo el siglo XX parecen, como mínimo, dispersas, tenues y, por momentos, insignificantes.

Quizás hoy, más que nunca, la universidad pueda ayudarnos a imaginar alternativas, lo que supone, en primer lugar, que quienes trabajamos en este tipo de instituciones seamos capaces de pensarnos a nosotros mismos. La universidad no podrá contribuir a pensar una sociedad diferente si ella no asume el desafío político de cambiarse a sí misma. La universidad no será nunca fuente de utopías (en plural y en permanente estado de inestabilidad) si ella no es capaz de enunciar los contornos de su propio proyecto utópico.

Es probable, sin lugar a dudas, que los insuños para que esto ocurra no estén hoy tan visibles y definidos como en el pasado. Es posible que estén dispersos y fragmentados. Sin embargo, el legado esperanzador del Movimiento Reformista es que las utopías siempre existen y, como proclamaba la juventud de París, quizás están debajo de los adoquines, en los cimientos,

bajo tierra. Recuperar, o sea, inventar nuevamente estas utopías es un desafío inexcusable, urgente y necesario. Y, para esto, entre otras cosas, sirven nuestras universidades. Unas universidades que, para encontrar y trazar su sentido histórico, no pueden huir del desafío de pintarse de negro, de mulato, de indio, de obrero, de campesino, de pueblo, como dirá el “Che” en su célebre discurso de la Universidad Central de Las Villas, del 28 de diciembre de 1959.

Quizás nunca tanto como hoy resuena vigoroso el grito de esperanza que enarbola la sentencia reformista: “Una vergüenza menos, una libertad más. Los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan”. La historia de Luiz Carlos, con la cual he iniciado este texto, no hace otra cosa que actualizar y redoblar el desafío de la Reforma Universitaria de 1918, transformándola en una impostergable exigencia política y en un urgente imperativo ético.

Que la universidad se pinte, pues, de la sonrisa tímida de los millones de Luiz Carlos que habitan en el horizonte luminoso de nuestras utopías.

Río de Janeiro, octubre de 2008.